

La condición desvalida del hombre

*Julieta Lizaola**

Facultad de Filosofía y Letras,
Universidad Nacional Autónoma de México

Palabras clave: hombre, vida, renacimiento, transformación, creación

En la obra de María Zambrano hay un punto fundamental donde es obligado detenerse: su noción de hombre. Ella lo concibe como la criatura que llega a la vida con el cometido central de renacer, de despertar, de abrirse a su propia vida: según la autora, “hay que lograr que en este ser llamado humano, dotado de pensamiento, el transitar sea trascender, es decir, sea creador”,¹ *creador de un tiempo nuevo*. Devenir que va tomando cuerpo en un continuo proceso de transformación y creación cuyo sustento, como piedra angular, es la condición desvalida del hombre.

Desde esta perspectiva, la vida humana es una tensión, una resistencia, donde la fragilidad y el sufrimiento tienen un lugar esencial; esto la conduce a manifestar que *el ser humano se ha afirmado a sí mismo a través del padecer*, de un sufrir aparecido bajo una forma determinada en la Grecia antigua: el soportar trágico, el *padecer aprendiendo* que precedió a toda pregunta. La primera delimitación que se encuentra es que el pensamiento filosófico se ha constituido por la necesidad fundamental de dar explicación a la vida humana, y ello bajo una principio esencial:

* jlizaola@mexis.com

¹ María Zambrano, “Poesía y filosofía”, en *Obra reunida*, Madrid, Aguilar, 1971, p. 136.

el de procurar protección, cobijo. Según Zambrano, “Platón [...] por hacer salir al hombre del orbe de la tragedia, reunió el contenido humano y lo puso bajo el manto de la razón”.² La vida humana, considerada ya como un problema a resolver, encierra la necesidad metafísica de darse respuestas y explicaciones, en las cuales el objetivo esencial es dar lugar dentro de la vida al padecer que produce su fragilidad y su contingencia.

El dolor y el padecer se muestran, en el pensamiento de Zambrano, como raíces del alma humana. No fue el asombro la única condición anímica del hombre que lo hizo salir de sí mismo sino, también, algo más grave: el estupor. Es de esta dimensión de donde nacemos al mundo y de donde se alimenta el pulso del pensamiento filosófico. Por ello, el asombro aristotélico, desde esta perspectiva, se perfila como el resultado de una experiencia dolorosa. Un momento de honda soledad debió de preceder a la pregunta.

La observación del dolor, el sufrimiento y el padecer alientan en la autora la necesidad de realizar un trabajo teórico que nos abra a la búsqueda de lo que llama *las raíces del hombre*.³ Cabe señalar que Zambrano no pretende elaborar una explicación del dolor bajo ningún principio instrumental que presuponga que, una vez conceptualizado, éste podría ser manipulado, transformado o, mejor aún, eliminado. Si bien el dolor y el sufrimiento tienen la cualidad de permitir la identificación de su lugar de origen, hay otra forma pasiva que es el *padecer*, de difícil desciframiento, pues su carácter continuo y permanente entorpece su identificación. El hombre *padece* de continuo su ser insuficiente, siempre menesteroso y, por lo mismo, siempre enfrentado consigo mismo en la más humana de las tareas: la de ser siempre otro, en devenir continuo, buscando alcanzar la integridad de su propio ser, la *unidad* que obsesionaba a Plotino. El padecer, entonces, es condición del hombre; es lo que lo impulsa a la acción de su propia trascendencia, a enfrentar las continuas mediaciones con que elabora la construcción de sí mismo.⁴ Es lo que le empuja despertar, para salir de la pasividad de

² *Ibid.*, p. 129.

³ María Zambrano, “Un descenso a los infiernos”, en AA. VV., *Homenaje a María Zambrano*, México, El Colegio de México, 1998, p. 18.

⁴ Es necesario aclarar que el sentido del sufrimiento en Zambrano no es el mismo que el de Miguel de Unamuno. Si bien para ambos es un elemento constitutivo de la conciencia y el anhelo filosófico, se diferencian en cuál es su origen. Para Unamuno, surge del choque y contradicción entre una concepción tradicional y otra moderna, es decir, de la confrontación entre tradición y modernidad, traducida en la confrontación entre una visión religiosa y otra secularizada (el dolor por la abundancia de materia y

la forma del sueño, donde ha logrado la metamorfosis de sí mismo y ha deseado salir de la desesperación para transitar otro horizonte.

La autora dirige su mirada, y su aliento, a entender cuál es el papel constitutivo del padecimiento en la vida humana, a esclarecer cómo es que lo racional del hombre proviene de su dimensión irracional, caótica, delirante; es decir, de su parte dolorida y estupefacta, requerida de respuestas para los múltiples *por qué*. La filosofía, y sus necesarios cuestionamientos, pertenecen al mismo origen y brotan de la misma fuente: la de la vida anímica del hombre, del submundo donde late nuestro *pathos* vital.

La filosofía procura no tener presente ni recordar que esta fuente brota de un manantial de sinsentidos, de miradas que han contemplado abismos de desamparo e incertidumbre. El pensamiento no nace como necesidad de la parte clara y lúcida del hombre, por el contrario, emerge impulsado por la herida que origina la oscuridad en nuestro ánimo; de su abandono en la caverna nacerá el deseo, el anhelo de ir hacia la claridad, a lo que alcanzando delimitación se presenta como real. Es difícil aceptar que lo racional se alimente de lo irracional. Es difícil aceptar que el padecer sea el elemento que hace perseguir el conocimiento y alimentar la esperanza que sostiene a la vida. Si el sentimiento originario del hombre fuera la plenitud no habría nacido la necesidad de los dioses ni de recubrirnos de ninguna majestad. “Una ruptura, un desgajamiento, es lo primero, lo que ha dado origen a la conciencia”,⁵ a sus preguntas y sus respuestas, y lo ha hecho siguiendo el hilo de la nostalgia por el paraíso perdido, la edad de oro extraviada; es decir, por la unidad abandonada que marcará la historia del arte y del pensamiento humano.

La actitud del preguntar supone la aparición de la conciencia [...] este desgajamiento del alma, la pérdida de la inocencia, en que surge la actitud consciente no es sino la formulación, la concreción, de una larga angustia.⁶

escasez de espíritu). Para Zambrano, el padecer es el mismo que identificó la conciencia trágica griega: el aceptar la contingencia de la vida como fuente de experiencias y conocimientos, como una condición vital.

⁵ María Zambrano, *El hombre y lo divino*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 35.

⁶ *Ibid.*

No en la *edad de oro*, sino en una era de desdichas es preciso buscar la actitud humana que se atreve a requerir a lo divino y cuestionarlo. Desde un profundo padecer nació la necesidad de la pregunta. Nacemos a la vida de la conciencia rotos, desgarrados, pero, también, deseosos de reintegrarnos con ese algo que hemos perdido y que nos falta; nacemos en la escisión y en el anhelo de reintegración. El pensamiento filosófico, según lo anterior, nacerá como camino de una nostalgia, destinado a resolver el problema de la recuperación de la unidad, es decir, de la unidad del ser. De tal forma, la filosofía será necesariamente la responsable de la esperanza del hombre. “La esperanza, observa Zambrano, no halla otra salida que seguir la vía de la razón [...] Razón y esperanza fueron entonces juntas”.⁷ Así se hicieron visibles las cosas que sólo ellas miraban.⁸

El padecer, lo que sustenta la necesidad de ir más allá de sí mismo, se identifica con el dolor en su condición menesterosa, indigente en espera de contar con un ser. Para paliar esta *raíz del hombre*, Occidente desarrolló el pensamiento filosófico entendido como el camino del conocimiento que libera de la prepotencia divina al definir metodológicamente las causas y los efectos de este mundo. En Oriente el énfasis se puso, también, en la necesidad de salir de la ignorancia; en ambos casos, el conocimiento es camino de liberación y salvación. La diferencia central entre ellos radica en el tipo de conocimiento perseguido y la clase de actividades, por decirlo así, terapéuticas que propician uno y otro.

En el primer caso, en el pensamiento occidental, el conocer llevaba en sí una semilla de acción que implicaba *el conocer para*, lo cual a partir de la modernidad se ha identificado como el cálculo racional del mundo o la racionalización instrumental de la vida. En el segundo caso, en las filosofías orientales, el secreto radica en acallar nuestros deseos, en no ser rehenes de la voluntad y en no desatender las consecuencias dolorosas que la ignorancia propicia. En ambos casos, Zambrano observa algo insuficiente: no es en la disolución de la persona, en el sacrificio de su yo, como se libra uno del sufrimiento; ni tampoco es con la pretendida manipulación técnica del mundo, de la naturaleza ni del hombre mismo, como se podrá aliviar el padecer.

Por el contrario, Zambrano vislumbra que, lejos de ser algo a evitar, a hacer a un lado, el padecer es constitutivo del hombre: es un elemento estructurador que más que negar hay que apurar; hay que ir hacia él, hay que encontrar su voz aun

⁷ María Zambrano, “Poesía y filosofía”, *op. cit.*, p. 134.

⁸ María Zambrano, “Poesía y sistema”, en *op. cit.*, p. 239.

en los más profundos infiernos de nuestra interioridad. Por eso la figura de Orfeo es de singular importancia para ella: baja al infierno impulsado por el amor y *armado* con la música; es decir, por el hecho de hacer salir del infierno música y poesía. Será Orfeo la figura del poeta por antonomasia, origen metafórico de la palabra poética que será paradigma de la más auténtica humanización del mundo.

Esto no implica que haya que alimentar el sufrimiento o que haya que procurarlo para incrementar el conocimiento. No se trata de una visión instrumental del padecer. Por el contrario, el dar nombre propio al sufrimiento es una forma de afrontarlo. Ir en busca de lo que nos dice cada pesar es una forma de aliviarlo. Poder dar nombre a los más terribles sufrimientos, hacerlos tangibles, es lo que da lugar a la catarsis, tarea que se dio a sí misma la tragedia; dimensión poética que ennoblece el desamparo humano al aceptar la inocencia del devenir y lo imposible de la vida humana como sueño de la precisión o la perfección.

Ahora bien, cabe preguntarse de qué dolor y sufrimiento requiere el hombre ser protegido: ¿cuál es la semilla de la desdicha que permite que *Sileno* nos diga que *más nos valía no haber nacido, no ser nada*, pero que, ya que lo hemos hecho, más nos vale morir pronto o que hace declarar a Pedro Calderón de la Barca que *el peor pecado del hombre es haber nacido*? ¿Cuál es el error o el pecado cometido por nacer? Es el abrirse a la vida, al tiempo, a la conciencia: es la cantidad de sufrimiento que la vida del hombre conoce, *siendo estirpe de un día, hijos del azar y de la fatiga*. La semilla del padecer del hombre es su condición desvalida, su sentimiento cósmico de criatura. ¿Qué implica esta inanidad del ser humano? Implica experimentarse como algo que casi no es, algo ínfimo, inmerso en un mundo que no parecía esperarlo. La narración mítica de Prometeo, sintiendo piedad por el hombre, ilustra este viejo resentimiento: tuvo que haber padecimiento divino para que el hombre pudiera obtener los elementos necesarios para irse haciendo; es decir, tuvo que haber presencia del sufrimiento para alcanzar la condición de hombres. Otro narrador de los orígenes, como lo es Hesíodo, muestra que la vida del hombre, después de finalizada la *edad de oro*, será trabajo, es decir sudor y, sobre todo, fatiga. La vida, entonces, para ser humana, implicará el trabajo de sustentarse a sí misma siendo ésta la suma de los trabajos y los días.

Zambrano se pregunta qué es lo que sostiene al hombre en su desvalimiento, qué es lo que hace que el sufrimiento pueda llevarnos a encontrar la posibilidad del sentido vital. Esta pregunta es esencial en la obra la autora, pues le lleva a aceptar como fundamento teórico el planteamiento trágico del *padecer para comprender*. Tendríamos, entonces, un postulado: el hombre nace, se hace hombre, despierta a

la vida por tener como sentir originario el padecer y su irrenunciable necesidad de aliviarlo, por tener como resultado de su experiencia un conocimiento, un *saber de experiencia* que le permitirá irse construyendo; en suma, darse un ser, un espacio, un tiempo, una historia, una verdad con los cuales edificar su persona. Lo que sostiene al hombre en su desvalimiento es la verdad encontrada en su íntimo padecer, la verdad de su experiencia. Verdad que, cuando logra ser *nombrada*, se abre liberada a la posibilidad de la esperanza, es decir, al anillo con que la vida nos ata. “Alienta [dice Zambrano] en el fondo del corazón de cada ser viviente una llamada que envuelta en el silencio necesita de voz y de palabra”.⁹ Verdad convertida en palabra que abre a un destino, a un horizonte por donde transitar.

El llanto, el clamor, el gemir, en suma, el resistir, anteceden al conocimiento, a la palabra que les nombra, dándoles lugar en el ser del hombre. Lo cual permite que, según Zambrano, la sentencia trágica siga cumpliéndose: *en el sufrir está el saber. Gota a gota en el corazón, aun en sueños, va destilando el recuerdo del dolor pasado*, sentencia el coro del *Agamenón* de Esquilo. El padecer *destilado en el corazón* es, en este sentido, una forma de conocimiento, de acceder a la verdad de nuestra vida y nuestra realidad.

Es, entonces, la íntima voz la que nos da sustento, sople vivificante que es la semilla de lo que somos; que no es otra cosa que la revelación de lo sagrado que llevamos dentro, de donde nos nutrimos para crearnos. Más este conocimiento, emergido de la comprensión de lo que produce el sufrimiento, no es nunca un solipsismo, no es un saber producto del aislamiento. Por el contrario, cuando se ha logrado, implica un acto de entrega, de generosidad: una ofrenda.

Si lo que sostiene al hombre en sus momentos de máxima fragilidad es el tener un horizonte y un sentido, es decir, un destino, entonces la pregunta es: ¿cómo acceder a él? ¿Por qué unos son sustentados y otros son perdidos? ¿Por qué unos tienen a donde dirigirse y otros vagan extraviados?. El enigma está en el llamado que un día logra ser revelación, unos lo escuchan, lo siguen, *despiertan* a su realidad obteniendo experiencias y saberes del vivir; otros, si lo escuchan, no creen que sea para ellos, pues no consideran que la existencia tenga otra realidad que no sea la inmediata: su vida transcurre manteniéndose en la pasividad de la forma del sueño. Es este llamado la *epifanía* de la propia voz, de la vocación. Voz que se muestra surgiendo de lo más profundo del ser, del fondo sagrado poseído por toda vida. Esta voz interior, esta subjetividad que pide ser aceptada, es una

⁹ María Zambrano, *Los bienaventurados*, Madrid, Siruela, 1991, p. 109.

vocación a la cual responder, que no es otra que la de optar por sí mismo y los padecimientos implicados en la construcción de la propia persona. Es abrirse a las contingencias de la vida.

A este llamado, he indicado antes, corresponde una forma de padecimiento que conduce a conocer nuestros dolores históricos e individuales y, por lo mismo, a fortalecer nuestro sentido vital, siendo dicho padecer lo más lejano a la figura del sacrificio. Este fenómeno surgió desde que el hombre empezó a tener historia y es un elemento fundamental en la formación y desarrollo de la cultura al ser el mediador originario entre los hombres y los dioses. Figura que, aun en el mundo desacralizado y secularizado de nuestros días, muestra con claridad la forma en que nos seguimos relacionando con el mundo.

El sacrificio implica, encierra, convoca, al dolor; a un dolor que encuentra sentido, cauce y legitimación en sí mismo. Tal afirmación ha fundamentado durante siglos la experiencia de la vida. Vivimos nuestras vidas siendo nuestro propio cordero, materia susceptible de purificación y redención del dolor, que nos conduce a la aporía que formula que sin la ofrenda de la vida humana, consumida en el dolor, no es posible librarse del dolor. Vida agotada en el desgarramiento interior sin poder brotar de él un sentido, un destino.

El sacrificio humano sigue vivo en el mundo contemporáneo; lo que se ha modificado es la posibilidad de identificar cuáles son los dioses a los que se les ofrenda el sacrificio del dolor: qué dioses se regodean con el sufrimiento, qué deidades se fortalecen y se alimentan con él —como en los sacrificios humanos mayas y aztecas— y, lo más importante, qué recibimos a cambio. Nuestro inconsciente colectivo entiende la lógica del sacrificio, pero ya no se entiende cuáles son los contenidos y preceptos establecidos por la nueva alianza. ¿Qué dioses son los nuestros que, a cambio del alimento sagrado del sufrimiento, nos muestran la mezquindad de la confusión y del sin sentido? Zambrano observa este fenómeno como una parte esencial de lo que se denomina *realidad humana* necesitada de razones, de desciframientos, que nos permitan transformar a éste ser definido como ser para la muerte en un ser para la vida, en romper la historia sacrificial por una historia ética, donde el padecer y el dolor guarden otra relación en la creación del mundo. Esa, donde el dolor es semilla que nos abre a la vida, donde el padecer es impulso para encontrar *el puesto del hombre en el Cosmos*.

No hacer caso de la propia voz, a lo que surge de la oscuridad de las entrañas, del *abismo de divinidad* que late en nuestro interior, propicia permanecer en una forma del padecer que nos destruye, nos niega y diluye, es decir, nos sacrifica. Es

el padecer sordo que nos mantiene ligados a la ausencia de formas propias, delimitadas, sin las cuales no somos sino un gesto vacío, una nada que afirma la ausencia de la libertad en que se encuentra el alma, atrapada y enredada en su propio infierno de negación.

Así, se nos muestra cómo la vocación tiene condición de ineludible: atendamos a sus requerimientos o no, nos mantenemos sujetos a ella y su acción mediadora, pues *al eludir lo ineludible algo sucede*. Si alguien, ejerciendo su libertad, la elude, entonces encontrará más fatigoso el justificar moralmente su sacrificio y buscar una compensación vital por no seguirla. Pues, afirma Zambrano, *ha fallado en lo que más tiene de suya la vida que le han dado*. Por otro lado, la vocación, posee una naturaleza social, ligando al individuo con la sociedad, como ninguna otra fuerza puede hacerlo.¹⁰

El seguir la vocación posee dos momentos aparentemente contrarios: el primero, un adentramiento del sujeto, un penetrar hondamente en el interior de su ánimo; el segundo, el manifestarse lo más ampliamente posible, generosamente, dando al mundo lo que ha encontrado, lo que no era esperado pues no se sabía de su existencia: palabras nunca dichas, pensamientos no pensados, claridades ocultas, sentimientos que yacían en el corazón del hombre sin derecho a la existencia. Es gracias a la aceptación de la vocación de algunos como llegan al mundo nuevas cosas, conocimientos y claros por donde transitar. La vida del hombre encierra una voz, una palabra que es germen de lo que somos, que nos lleva a tomar un sendero u otro de la realidad; ir al encuentro de esa voz es una tarea filosófica. Tarea que rompe el paradigma de la vida como sacrificio y negación. Zambrano se refiere a la libertad como la transformación de un destino fatal y ciego en otro entendido como el cumplimiento, realización llena de sentido, de la promesa anidada en el fondo de cada hombre, de cada persona.¹¹ Y esto es lo que ella está esperando de la filosofía: que sea capaz de cambiar nuestro destino, que sea capaz de ofrecernos nuevos conocimientos que sostengan un nuevo horizonte.

Lo que sostiene al hombre en su condición desvalida es el seguimiento de su íntimo llamado, nacido de la última profundidad, del espacio sagrado de él mismo; vocación que, en Zambrano, ha tomado el nombre de *filosofía* al hacer suyo el deseo de atender a la esperanza. La condición desvalida del hombre y la vocación filosófica son una unidad y, desde la mirada de María Zambrano, son un destino: el de la libertad humana.

¹⁰ María Zambrano, *La vocación del maestro*, Málaga, Agora, 2000, p. 129.

¹¹ María Zambrano, *Los bienaventurados*, op. cit., 1991, p. 109.